

Estudio en escarlata
y
El signo de los cuatro

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: Estudio en escarlata y El signo de los cuatro
Autor: Arthur Conan Doyle
Edición de: Alberto Laiseca
Traducción: Jorge León Burgos Funes

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-796-1

Libro electrónico: primera edición

Índice

ESTUDIO EN ESCARLATA	9
Prólogo	11
Parte I	15
1. El señor Sherlock Holmes	17
2. La ciencia de la deducción	25
3. El misterio del jardín de Lauriston	35
4. Lo que John Rance tenía que decir	47
5. Nuestro anuncio nos trae una visita	55
6. Tobías Gregson da una prueba de lo que es capaz ..	63
7. Una luz en la oscuridad	73
Parte II	83
1. En la gran llanura de Alkali	85
2. La flor de Utah	95
3. John Ferrier habla con el profeta	103
4. Una salida para salvar la vida	109
5. Los Ángeles Vengadores	119
6. Continuación de las memorias de John Watson, doctor en Medicina	129
7. Final	141
EL SIGNO DE LOS CUATRO	147
Prólogo	149
1. La ciencia de la deducción	153
2. La exposición del caso	163
3. En busca de una solución	169
4. La historia del hombre calvo	175
5. La tragedia de Pondicherry Lodge	187
6. Sherlock Holmes hace una demostración	195
7. El episodio del barril	205
8. Los irregulares de Baker Street	219
9. Un eslabón roto	229
10. El final de un isleño	241
11. El gran tesoro de Agra	251
12. La extraña historia de Jonathan Small	259

Estudio en escarlata

Prólogo

Sir Arthur Conan Doyle era el caballero británico por excelencia. No sabemos si esto es bueno o malo (quizá ambas cosas), pero lo era.

En África del Sur, hacia fines del siglo XIX, existían unos campesinos de origen holandés llamados *bóeres*. Inglaterra deseaba anexionar los territorios que ellos ocupaban. Al efecto se sucedieron dos grandes guerras. Al final de la segunda guerra Bóer los ingleses se impusieron definitivamente. Su primer acto, luego de la victoria, fue instalar a los prisioneros en campos de concentración. Las condiciones eran deliberadamente insalubres. Les daban poca comida y menos medicinas, pero las raciones eran aún más escasas para las mujeres e hijos de los combatientes. Murieron así casi 28 000 personas, 22 000 de ellas menores de dieciséis años. También se dejó morir en los campos a cerca de 20 000 africanos negros que habían apoyado a los *bóeres*. Lo que hoy llamaríamos un crimen contra la humanidad.

No fue esta, sin embargo, la opinión de Conan Doyle, quien hizo una decidida y ciega defensa del Imperio. Según él, todo no era otra cosa que un conjunto de odiosas y viles mentiras. Por esto el Gobierno le otorgó el título de *sir* en 1902.

Supongamos que usted lograra la unificación de los cuatro campos de la física. En tal caso le darían el Nobel, sin duda, pero no necesariamente lo nombrarían *sir*. Para conseguir esto lo más seguro es aprobar la política exterior británica.

Pero hablemos de temas más gratos. Es increíble cómo Conan Doyle supo mantener a su gran personaje, Sherlock Holmes, fuera de toda influencia esotérica. Los crímenes son resueltos solo mediante la observación y el raciocinio. Holmes no apela a recurso mágico alguno. Tampoco los criminales logran escapársele recurriendo (supongamos) a la ayuda del Gran Fetiche Enano del delta del Mekong o a cualquier

otra tontería. Solo en *El mastín de los Baskerville* al principio parece que las presencias sobrenaturales son innegables. Pero también aquí todo se resuelve por el formidable poder deductivo de nuestro detective.

Todo esto es particularmente notable si se tiene en cuenta que Conan Doyle era espiritista, creía en la comunicación con los muertos y en la presencia de fuerzas extrañas. En otras obras esto se nota: en uno de sus cuentos, un estudiante tiene una momia egipcia en su casa y, mediante un papiro, la reanima para que ella mate a sus enemigos.

Estudio en escarlata, aparecida en 1887, es la primera obra con Holmes y Watson. Casi toda la segunda parte de esta novela transcurre en Utah, entre los mormones. Aparece en paredes, piso y techo cierta marca sobrenatural: los mormones dejan advertencias en la casa de sus futuras víctimas, pese a que sus habitantes vigilan sin tregua. ¿Cómo hacen para entrar y salir sin ser vistos ni oídos? Pero precisamente en esta parte, que es una rememoración del pasado, no interviene nuestro amigo Sherlock. Él solo reaparece al final, de modo que siempre queda libre de toda contaminación esotérica.

Creo que la vida de Conan Doyle (al menos en su primera parte) fue una larga lucha entre lo racional y su creencia, cada vez más firme, en lo sobrenatural. Sospecho que Sherlock Holmes fue su última trinchera. Por desgracia su personaje se hizo demasiado famoso y se tragó a toda su otra obra. *Sir Arthur* daba una enorme importancia a sus novelas históricas, particularmente a las referidas al periodo napoleónico. Así pues, pese a que el detective era el encargado de defender su parte racional, se propuso asesinarlo en una de sus obras. Basta de excesos deductivos, supongo que se habrá dicho como excusa. Pero el público, que amaba a su personaje, no se lo permitió. Protestas y revuelos fueron tales que debió resucitarlo.

De todas maneras, y más allá de Sherlock Holmes, algo fue cambiando progresivamente en Conan Doyle. Cada vez más comprometido con el espiritismo, se convenció de que había recibido del más allá pruebas más que suficientes respecto a la vida después de la tumba.

Pero *sir Arthur* se iba a los extremos. Desde un cauto escepticismo pasó a creer en absolutamente todo. Alguien le

envió una foto trucada donde aparecían dos niñas rodeadas de hadas y gnomos. La superchería era cosa clara para cualquiera que no fuese *sir* Arthur Conan Doyle. La defendió a muerte. La tuvo por legítima y hasta escribió sobre ello. Yo siempre dije que lo que no es exagerado, no vive. Está bien. Pero hay un límite para todo.

El Dr. Watson, que termina siendo el amigo entrañable de Holmes, es un poco como nosotros: el lector común de estos libros. De entrada, Sherlock fascina y repele: vanidoso, pagado de sí mismo; es el hombre que dice: las cosas son así y asá, sin dar ninguna explicación (al menos al principio), gozando de su aire de superioridad intelectual. Sin embargo, y por alguna razón, nosotros los lectores (igual que el Dr. Watson) terminamos por perdonarlo y quererlo.

No tengo inconvenientes en reconocer que Sherlock Holmes es uno de los personajes más extraños, excéntricos y mejor diseñados de la literatura universal. Un poco —solo un poco— más raro que fuese y ya no podría existir en el planeta.

Holmes es una especie de genio loco. Lo suyo es la especialización, pero llevada esta a un extremo poco humano. No sabe de medicina, pero es un experto en anatomía, química y venenos. Mediante la simple observación resuelve casi todos sus casos. Sin embargo... ¡ignora que la Tierra gira alrededor del Sol! Cuando Watson, azorado, lo ilustra al respecto, Holmes se encoge de hombros: ¿Y ese conocimiento a mí de qué me sirve? Por mí podría girar alrededor de la Luna. No tiene nada que ver con aquello a lo que me dedico.

Hice una síntesis del párrafo y por eso no lo puse entre comillas.

Nuestro buen Sherlock sufre periódicas y fuertes depresiones, de las cuales solo su amado violín puede sacarlo. Misógino, siempre solo, no conoce (ni se permite) el amor. Quizá considere que este sentimiento es poco científico. ¿Acaso los hombres no hacen disparates cuando se enamoran? Pierden todo equilibrio y así es como disminuyen su capacidad de observación. Es, por lo tanto, un mal y no un bien. Son palabras mías. Estoy intentando comprender al personaje.

Por otra parte, Conan Doyle, en la vida real, solucionó dos casos policiales difícilísimos. Esto da un mentís rotundo

a la tesis de Holmes: hay que renunciar a todo para ser un buen detective.

Estudio en escarlata, obra de arranque para Holmes y Watson, no tuvo demasiado éxito al principio, pese a su riqueza literaria. Tenemos aquí no solo a la acción detectivesca, sino que, en la segunda parte, la descripción de la desolada región de Utah es digna de encomio. Aquí aparecen también, perfectamente diseñados, un grupo de malvados sin abuela dignos de figurar en una galería de monstruos: allí junto a Jack el Destripador, el Dr. Petiot o el mismísimo Troppman (*el Bebedor de Sangre*). Son mormones y han establecido en Utah una dictadura teológica. Pero no nos escandalicemos tanto, porque las dos fuerzas fundamentales que los guían son el dinero (lo amarás por sobre todas las cosas, al lado de Dios), los prejuicios y la intolerancia religiosa. Todo esto lo tiene mucha gente sin necesidad de ser mormona.

Dije que esta novela no tuvo al principio todo el éxito que merecía. Las cosas cambiaron con los libros que siguieron. Los lectores (al igual que Watson) terminaron por perdonarle a Holmes su arrogancia y sus excentricidades. No solo se lo perdonaron todo sino que hasta se encariñaron con él. Conan Doyle se volvió, de la mañana a la noche, rico con su cada vez más famoso detective. Pudo así abandonar la medicina (que como profesión nunca le redituó demasiado) y dedicarse exclusivamente a escribir.

En cuanto a Sherlock Holmes y para resumir: engreído, presuntuoso, pero todos (inevitablemente) lo amamos. Creo que el comentario podría finalizar aquí.

Alberto Laiseca

I

Reimpresión de las
memorias de John H. Watson,
doctor en Medicina, oficial retirado
del Cuerpo de Médicos del Ejército.

El señor Sherlock Holmes

En el año 1878, me gradué como doctor en Medicina en la universidad de Londres y, luego, estudié en Netley, con el objetivo de hacer el curso, que es obligatorio, para ser médico cirujano en el ejército. Una vez realizados esos estudios, a su tiempo, fui auxiliar —como médico cirujano— del Quinto Regimiento de infantes de Northumberland. En aquel entonces, dicho regimiento se hallaba de guarnición en la India y, antes de que pudiera incorporarme, estalló la segunda guerra de Afganistán. Al desembarcar en Bombay, me enteré de que mi unidad había cruzado los pasos fronterizos y se había adentrado en el país enemigo. Sin embargo, seguí el viaje junto con varios oficiales, que se encontraban en una situación idéntica a la mía, logrando llegar sin problemas a Kandahar, donde encontré a mi regimiento y me incorporé, en el acto, a mi nuevo servicio.

Aquella campaña brindó honores y ascensos a muchos, pero a mí, solo me acarreó desgracias. Fui separado de mi brigada para unirme a las tropas del Berkshire, a las que estaba sirviendo cuando estalló la desdichada batalla de Maiwand. Allí, fui herido por una bala explosiva que me destrozó el hueso, rozando la arteria del subclavio. Hubiera caído en manos de los *ghazis* asesinos de no haber sido por el valor y la lealtad de Murray, mi ayudante, que me subió, igual que un bulto, a un caballo y consiguió llevarme, sin contratiempos, hasta las líneas británicas. Agotado por el dolor y debilitado, a consecuencia de las muchas fatigas soportadas, me trasladaron, en un gran convoy de heridos, al hospital de base, situado en Peshawar. A tal punto me restablecí en ese lugar que ya podía pasear por las salas, e incluso salir a tomar un poco de sol en la terraza, cuando caí enfermo de ese flagelo de nuestras posesiones de la India: el tifus. Durante meses se temió por mi vida y, cuando por fin reaccioné y entré en convalecencia, había quedado en tal estado de debilidad y fatiga que el Consejo Médico decretó que debía ser enviado a Inglaterra de inmediato.

Como consecuencia, fui embarcado en el transporte militar Orontes y, un mes después, tocaba tierra en el muelle de Portsmouth convertido en una verdadera ruina física, pero con un permiso otorgado por un gobierno paternalista para que me repusiera en nueve meses.

En Inglaterra, no tenía ni parientes ni amigos. Era, pues, tan libre como el aire, o tan libre como un hombre puede serlo con un ingreso diario de once chelines y seis peniques. Como es natural, en una situación tal, partí hacia Londres, gran conducto al que se ven arrastrados, de manera irresistible, todos aquellos que atraviesan una época de descanso y ociosidad. Durante algún tiempo, me alojé en un buen hotel del Strand, llevando una vida incómoda y sin objetivos, y gastando mi dinero con mucho mayor desprendimiento de lo que hubiera debido. La situación de mis finanzas fue tan comprometedora que no tardé en comprender que, si no quería verme obligado a abandonar la gran ciudad y llevar una vida dura en el campo, debía cambiar, por completo, mi estilo de vida. Opté por esto último y empecé tomando la decisión de abandonar el hotel, instalándome en una habitación de menores pretensiones y más barata.

El mismo día en que llegué a semejante conclusión, estando en el Bar Criterios, me dieron unos golpecitos en el hombro. Me di la vuelta y resultó ser el joven Stamford, que había trabajado bajo mis órdenes en el Barts¹ como practicante. Para un hombre que lleva una vida solitaria, resulta por demás grato ver una cara amiga entre la inmensa y extraña multitud de Londres.

En aquel entonces, Stamford no era, precisamente, un gran amigo mío, aunque en esa ocasión lo saludé con entusiasmo y él, por su parte, pareció encantado al verme. Llevado de una extrema alegría, lo invité a almorzar en Holborn, y hacia allí nos dirigimos en un carruaje de alquiler.

—¿Y qué ha sido de su vida, Watson? —me preguntó, sin disimular su sorpresa, mientras el coche avanzaba traqueteando por las concurridas calles de Londres.

Está delgado como una tabla y tostado como una nuez. Le relaté, a grandes rasgos, mis aventuras. Apenas había terminado de contárselas, cuando llegamos a destino.

¹ Abreviatura de San Bartolomé, hospital de practicantes para los nuevos graduados.

—¡Pobre hombre! —exclamó con compasión después de haber escuchado mis desdichas—. ¿Y qué hace ahora?

—Estoy buscando una habitación —le contesté—. Intentando resolver el problema de hallar habitaciones cómodas a un precio razonable.

—Es curioso —hizo notar mi acompañante—. Es usted el segundo hombre que hoy me habla de esto.

—¿Quién fue el primero? —le pregunté.

—Un señor que trabaja en el laboratorio de química del hospital. Esta mañana, se lamentaba de no hallar a nadie que quisiera compartir con él un lindo departamento que había encontrado y que le resultaba demasiado costoso para su bolsillo.

—¡Por Júpiter! Si de veras busca a alguien con quién compartir las habitaciones y el gasto, yo soy el hombre indicado. Preferiría tener un compañero a vivir solo.

El joven Stamford me miró de un modo bastante extraño, por encima de un vaso de vino, y dijo:

—Usted aún no conoce a Sherlock Holmes; quizá no le interese tenerlo, constantemente, de compañero.

—¿Por qué? ¿Hay algo en su contra?

—No he dicho eso. Es un hombre de ideas raras. Le entusiasman determinadas ramas de la ciencia. Por lo que yo sé, es una persona bastante aceptable.

—¿Estudia medicina?

—No... no tengo idea. En mi opinión, domina la anatomía y es un químico de primera clase; sin embargo, nunca asistió, de manera sistemática, que yo sepa, a clases de medicina. Es muy versátil y excéntrico en sus estudios, aunque tiene un gran bagaje de conocimientos poco comunes que asombrarían a sus profesores.

—¿Alguna vez le ha preguntado qué se propone?

—Nunca. No es hombre con quien sea fácil conversar, aunque suele ser bastante comunicativo cuando está inspirado.

—Me gustaría conocerlo —dije—. De vivir con alguien, prefiero que sea un hombre estudioso y de costumbres tranquilas. No me siento lo bastante fuerte aún como para soportar mucho ruido o barullo. Los que debí soportar en Afganistán me bastan para todo lo que me resta de vida. ¿Hay manera de que pueda conocer a su amigo?

—Seguramente está, ahora mismo, en el laboratorio —contestó mi compañero—. En ocasiones, no aparece por

allí durante semanas y, en otras, no se mueve del laboratorio desde la mañana hasta la noche. Si le parece bien, podemos ir en coche después del almuerzo.

—Claro que sí —le contesté.

Y la conversación se desvió por otros rumbos.

Mientras nos dirigíamos al hospital, después de abandonar Holborn, Stamford me fue dando algunos detalles más acerca del caballero a quien me proponía tomar como compañero de cuarto.

—No debe echarme la culpa si no se lleva bien con él —me dijo—. Lo que yo sé, lo sé por haberlo tratado, alguna que otra vez, en el laboratorio. Usted es quien lo ha propuesto y no debe hacerme responsable.

—Si no nos llevamos bien, será cosa fácil separarnos. Me está pareciendo, Stamford, que tiene alguna razón para querer lavarse las manos en este asunto —agregué, clavando la mirada en mi compañero—. ¿Acaso, es un hombre terriblemente alterado, o qué? No venga con rodeos.

—No resulta fácil expresar lo inexpresable —me contestó riéndose—. Para mi gusto, Holmes es excesivamente científico; casi bordea en la insensibilidad. Incluso, llego a imaginármelo dándole a un amigo un sorbo de algún estimulante vegetal muy moderno, y no por maldad, compéndame, sino por puro espíritu investigador, para conocer, de un modo exacto, los efectos de la droga. Para ser justo, creo que él mismo la tomaría con igual naturalidad. Por lo que puede verse, es un apasionado de lo concreto y exacto en materia de conocimientos.

—Y tiene muchísima razón.

—Sí, pero esa condición puede llevar al exceso. Es muy fuerte verlo golpear, con un palo, a los cadáveres en los cuartos de disección.

—¡Golpear a los cadáveres!

—Sí, para comprobar qué clases de marcas se pueden producir después de la muerte del individuo. Lo he visto hacerlo con mis propios ojos.

—¿Y dice que no estudia medicina?

—No. ¡Vaya usted a saber qué propósito busca con sus estudios! Pero hemos llegado ya, y usted es quien debe formarse su propia impresión.

Mientras hablaba, nos adentramos por un camino estrecho y cruzamos una pequeña puerta lateral, por la que se entraba a una de las alas del gran hospital. Todo aquello me resultaba familiar y no necesité que me guiaran cuando subimos por la áspera escalera de piedra, y cuando avanzamos por el largo pasillo, similar a muros blanqueados, y puertas color pardo. Al final del pasillo, había un corredor abovedado y de poca altura por el que se llegaba al laboratorio de química. Dicho laboratorio era una sala muy alta, repleta de botellas alineadas en las paredes y desperdigadas por el suelo. Aquí y allá, había anchas mesas de poca altura, plagadas de destiladores, tubos de ensayo y pequeñas lámparas Bunsen con llamas azules onduladas. Había un solo estudiante en la habitación. Estaba reconcentrado en su trabajo, inclinado sobre una mesa apartada. Por el sonido de nuestros pasos, se dio la vuelta y se levantó con una exclamación de placer.

—¡Lo descubrí! ¡Lo descubrí! —gritó a mi acompañante, y vino corriendo hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—. Descubrí un reactivo que es precipitado por la hemoglobina, y nada más que por la hemoglobina.

Los rasgos de su cara no habrían irradiado mayor felicidad si hubiese hallado una mina de oro.

—El doctor Watson; el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford haciendo las presentaciones.

—¿Cómo está usted? —dijo cordialmente, estrechando mi mano con una fuerza que yo habría estado lejos de imaginar—. Por lo que veo, usted ha estado en Afganistán.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—No se preocupe —dijo él, riendo por lo bajo—. De lo que ahora se trata es de la hemoglobina. Usted comprende, sin duda, todo el sentido de mi descubrimiento, ¿no es cierto?

—No hay duda de que, químicamente, es interesante —contesté—. Ahora... prácticamente...

—Pero, hombre, ¡si es el descubrimiento de mayores consecuencias prácticas para la medicina oficial! Fíjese: nos proporciona una prueba infalible para descubrir las manchas de sangre, ¡venga usted a verlo!

Tal era su interés, que me agarró de la manga del saco y me llevó hasta la mesa en que había estado trabajando.

—Procurémonos un poco de sangre fresca —dijo, clavándose en el dedo una larga aguja y vertiendo, dentro de

una probeta de laboratorio, la gota de sangre que extrajo del pinchazo—. Y ahora, voy a mezclar esta pequeña cantidad de sangre con un litro de agua. Fíjese en que la mezcla resultante presenta la apariencia del agua pura. La proporción de la sangre no excederá de uno en un millón. Así pues, estoy seguro de que podemos obtener la reacción característica.

Mientras hablaba, echó en la vasija algunos cristales blancos, y agregó luego unas gotas de un líquido transparente. La mezcla tomó, inmediatamente, un tenue color caoba, y apareció, en el fondo de la vasija, un polvo de color marrón.

—¡Ajá! —exclamó palmoteando y tan encantado como un niño con un juguete nuevo—. ¿Qué me dice sobre esto?

—Parece una demostración muy sutil —le dije.

—¡Magnífica! ¡Magnífica! La tradicional prueba del cuenco de madera resultaba muy tosca e insegura. Y lo mismo sucede con la búsqueda microscópica de corpúsculos de la sangre. Esta última demostración es inocua si las manchas datan de algunas horas. Pues bien: esto actúa, según parece, con igual eficacia si la sangre es vieja o fresca. Si esta prueba hubiera sido ya demostrada, centenares de personas, que hoy se pasean por las calles, hubieran pagado, hace tiempo, la pena por sus crímenes.

—¿Ah, sí? —murmuré yo.

—Las causas criminales giran constantemente sobre este punto. Meses después de haberse cometido un crimen, recaen las sospechas sobre un individuo determinado. Se revisan sus trajes y sus prendas interiores, y se descubren, en unos y otras, algunas manchas parduscas. ¿Son manchas de sangre, de barro, de suciedad, de fruta o de qué? He ahí la pregunta que ha dejado sumido en el desconcierto a más de un especialista. ¿Por qué? Pues porque no se dispone de una prueba segura. De hoy en adelante, dispondremos ya, de la prueba de Sherlock Holmes y no existirán más dificultades.

Al hablar, le brillaban los ojos. Puso la palma de su mano sobre su corazón, y se inclinó del mismo modo que lo hubiera hecho ante los aplausos de una multitud imaginaria.

—Merece ser felicitado —fue mi observación, muy sorprendido ante su entusiasmo.

—El año pasado se vio, en Fráncfort, el caso de Von Bischoff. De haber existido esta prueba, con toda seguridad, lo hubieran ahorcado. Hemos tenido también el de Mason,

de Bradford, y el tan famoso de Muller y Lefèvre, de Montpellier, y el de Samson, de Nueva Orleans. Podría citar una veintena de casos en los que hubiera sido decisiva.

—Parece un calendario viviente del crimen —dijo Stamford riéndose—. Podría crear una publicación siguiendo esa línea general y titularla *Historia policíaca del pasado*.

—Y quizá resultase una lectura muy interesante —hizo notar Sherlock Holmes pegando un pedacito de parche sobre el pinchazo del dedo.

Luego, prosiguió, volviéndose sonriente hacia mí.

—Es preciso que tenga cuidado, porque con mucha frecuencia manipulo venenos. Extendió la mano al mismo tiempo que hablaba y pude ver que la tenía moteada, de otros parchecitos parecidos, y descolorida, por efecto de ácidos fuertes.

—Hemos venido a hablar de un negocio —dijo Stamford, sentándose en un elevado taburete de tres patas y empujando otro hacia mí, con el pie—. Este amigo mío, anda buscando dónde meterse; y como se quejaba de no encontrar alguien que quisiera alquilar habitaciones con usted, se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era ponerlos en contacto.

A Sherlock Holmes pareció complacerle la idea de compartir sus habitaciones conmigo, y advirtió:

—Le he puesto el ojo a un par de habitaciones en Baker Street, que nos vendrían al dedillo. ¿No le molesta el humo del tabaco fuerte, verdad?

—Precisamente, solo fumo esos —le contesté.

—Hasta aquí, vamos bastante bien. Por lo general, suelo tener a mano sustancias químicas y, de vez en cuando, realizo experimentos. ¿Eso le molestaría?

—¡De ninguna manera!

—Veamos... ¿Qué otras desventajas tengo? A veces, me invade la melancolía, y me paso días y días sin despegar los labios. Cuando eso me ocurra, no debe tomarme por una persona huraña. Déjeme a solas conmigo mismo, que se me pasa pronto. Y ahora, ¿tiene usted algo que confesar? Cuando dos personas comienzan a vivir juntas, es conveniente que sepan lo peor de cada una.

Me hizo reír semejante interrogatorio, y dije:

—Tengo un perro cachorro. Me molestan los ruidos, porque mi sistema nervioso está quebrado. Me levanto de la cama a las horas más absurdas e insólitas, y soy de lo más pe-

rezoso que se pueda ser. Cuando gozo de buena salud, mi variedad de defectos es distinta, pero los que acabo de señalar son, actualmente, los principales.

—¿Incluye tocar el violín? —preguntó Sherlock Holmes con ansiedad.

—Depende del violinista —respondí—. El violín tocado por buenas manos es placer de dioses, pero cuando se toca mal...

—No hay inconveniente, entonces —exclamó él con risa alegre—. Creo que podemos dar por cerrado el trato, es decir, si le agradan las habitaciones.

—¿Cuándo podemos visitarlas?

—Venga a buscarme aquí mismo, mañana al mediodía. Iremos juntos y lo dejaremos todo arreglado —me respondió.

—De acuerdo. A las doce en punto —le contesté, y le di un apretón de manos.

Lo dejamos trabajando en sus productos químicos y nos fuimos caminando juntos hacia mi hotel.

—A propósito —pregunté de pronto, deteniéndome y volviendo a mirar a Stamford—. ¿Cómo diablos supo que había venido de Afganistán?

Mi acompañante sonrió con enigmática sonrisa y dijo:

—Esa es, precisamente, su peculiaridad. Son muchísimas las personas que se han preguntado cómo hace para descubrir las cosas.

¡Vaya! Entonces, se trata de un misterio, ¿verdad? —exclamé, frotándome las manos—. Esto resulta muy intrigante. Le estoy muy agradecido por habernos presentado. Ya conoce usted aquello de que «el verdadero tema de estudio para la Humanidad es el hombre».

Dedíquese, entonces, a estudiarlo —dijo Stamford al despedirse de mí—. Aunque le va a resultar un problema difícil. Apuesto a que él averiguará más acerca de usted, que usted acerca de él. Adiós.

—Adiós —le contesté.

Y seguí caminando tranquilo hacia mi hotel, muy interesado en el hombre que acababa de conocer.

La ciencia de la deducción

Según habíamos acordado, nos vimos al día siguiente e inspeccionamos las habitaciones del número 221 B de Baker Street, a las que nos habíamos referido en nuestra cita. Consistían en dos cómodos dormitorios y una única sala de estar amplia y ventilada, amueblada de manera agradable y que recibía luz de dos grandes ventanas. El apartamento resultaba, desde todo punto de vista, tan agradable y tan moderado su precio —considerando que los gastos serían divididos entre dos— que cerramos trato en el mismo momento. Al atardecer de aquel mismo día, trasladé todas mis cosas desde el hotel y, a la mañana siguiente, se hizo presente Sherlock Holmes con varios cajones y maletas. Pasamos uno o dos días muy atareados, desembalando y ordenando, de la mejor manera posible, nuestras pertenencias. Una vez que terminamos, poco a poco, nos fuimos adaptando y amoldando a nuestro hábitat.

Desde luego, no era difícil convivir con Holmes. Resultó ser un hombre de maneras agradables y costumbres simples. Era raro que permaneciese sin acostarse después de las diez de la noche y, cuando me levantaba por la mañana, ya había desayunado e, indefectiblemente, ya había salido. En ocasiones, se pasaba el día en el laboratorio de química; otras veces, en las salas de disección y, de cuando en cuando, en largas caminatas que lo llevaban, por lo visto, a los barrios más bajos de la ciudad. Cuando le agarraban los ataques de trabajo, no había nada capaz de sobrepasarlo en energía; pero, de tanto en tanto, se apoderaba de él un estado por el que se pasaba los días enteros tirado en el sofá del cuarto de estar, sin pronunciar palabra o mover un músculo, desde la mañana hasta la noche. Durante estos momentos, advertía en sus ojos una mirada tan perdida e inexpresiva que, si no hubiera creído en el equilibrio y honestidad de toda su vida, quizá, hubiera sospechado que mi compañero era un consumidor habitual de alguna droga.

Mi interés por él y mi curiosidad por conocer cuáles eran los propósitos de su vida fueron creciendo a medida que transcurrían las semanas. Inclusive, su misma persona y apariencia física llamaban la atención hasta al menos dotado para la observación. Su estatura sobrepasaba los seis pies, y era tan extraordinariamente delgado, que producía la impresión de ser aún más alto. Tenía la mirada aguda y penetrante, salvo durante los periodos de sopor a los que antes me he referido; y su nariz, fina y aguileña, daba al conjunto de sus facciones un aire de viveza y resolución. También su barbilla lo dotaba de voluntad, por lo prominente y cuadrada. Aunque sus manos tenían siempre manchones de tinta y de productos químicos, estaban dotadas de una delicadeza de tacto extraordinaria, según pude observar con frecuencia, cuando lo veía manipular sus frágiles instrumentos de física.

Quizá el lector me califique de entrometido impertinente si le confieso hasta qué punto estimuló aquel hombre mi curiosidad y cuán a menudo intenté quebrar la distancia que mostraba respecto al medio que lo rodeaba. Sin embargo, tenga presente, antes de juzgar, que mi vida carecía por completo de sentido y cuán pocas cosas atraían mi atención. Mi estado de salud me impedía salir a la calle, a menos que el tiempo fuese excepcionalmente bueno, y carecía de amigos que viniesen a visitarme y pudieran romper la monotonía de mi vida diaria. En tales circunstancias, festejé con ímpetu el pequeño misterio que envolvía a mi compañero e invertí gran parte de mi tiempo en tratar de develarlo.

No era medicina lo que estudiaba. Sobre ese aspecto, y contestando a mi pregunta, él mismo había confirmado la opinión de Stamford. Tampoco parecía haber seguido, en sus lecturas, alguna disciplina por la que hubiera podido estar calificado para graduarse en una ciencia determinada, o para ingresar a las puertas que dan acceso al mundo de la sabiduría.

Pero con todo eso, era extraordinario su afán por ciertas materias de estudio, y sus conocimientos, dentro de límites extraños, eran tan increíblemente amplios y específicos que las observaciones que hacía me asombraban bastante.

Con seguridad, nadie trabajaría tan esforzadamente, ni extraería datos tan exactos, a menos que se hubiera propuesto un objetivo muy concreto. Las personas que leen de una manera inconexa rara vez se distinguen por la exactitud de sus

conocimientos. Nadie carga su cerebro con pequeñeces si no tiene alguna razón para hacerlo.

Tan notable era lo que sabía como lo que ignoraba. Sus conocimientos de literatura contemporánea, filosofía y política parecían ser casi nulos. En cierta ocasión en que cité a Tomás Carlyle, me preguntó, con la mayor inocencia, quién era y qué había hecho. Sin embargo, mi sorpresa alcanzó el grado máximo cuando me di cuenta, de forma casual, que desconocía la teoría de Copérnico y la composición del sistema solar. Me resultó tan extraordinario que, en nuestro siglo XIX, hubiese una persona civilizada que ignorase que la Tierra gira alrededor del Sol, que me costó trabajo aceptarlo.

—Parece que se ha asombrado —me dijo sonriendo, al ver mi expresión de sorpresa—. Pues bien, ahora que ya lo sé, haré todo lo posible por olvidarlo.

—¡Por olvidarlo!

—Me explicaré —dijo—. Creo que, originariamente, el cerebro de una persona es como un pequeño altillo vacío donde hay que meter los muebles que uno elija. Las personas necias amontonan, en ese altillo, todos los muebles que encuentran a mano, y así resulta que no queda espacio para los conocimientos que podrían serles útiles o, en el mejor de los casos, esos conocimientos se encuentran tan revueltos con otro montón de cosas que les resulta difícil dar con ellos. Pues bien: el artesano hábil tiene muchísimo cuidado con lo que introduce en el altillo del cerebro. Solo admite las herramientas que pueden ayudarlo a realizar su labor; pero de estas sí que tiene una gran variedad y las guarda en el orden más perfecto. Es un error creer que la pequeña habitación tiene paredes elásticas y que puede ensancharse indefinidamente. Créame, llega un momento en que cada conocimiento nuevo supone el olvido de algo que ya se conocía. Por consiguiente, es fundamental impedir que los datos inútiles desplacen a los útiles.

—Pero ¡lo del sistema solar! —protesté.

—¿Y qué diablos supone para mí? —me interrumpió con impaciencia—. Usted me asegura que giramos alrededor del Sol. Aunque girásemos alrededor de la Luna, ello no supondría para mí o para mi tarea la más insignificante diferencia.

Estaba a punto de preguntarle qué clase de tarea era la suya, pero percibí algo que me hizo comprender que la pregunta no sería de su agrado. Sin embargo, me puse a pensar

sobre nuestra breve conversación y me esforcé por hacer deducciones yo mismo. Había dicho que no adquiriría conocimientos ajenos al tema que lo ocupaba. Por consiguiente, todos los que ya tenía, le eran útiles. Fui enumerando mentalmente todos aquellos temas en los que me había demostrado estar extraordinariamente bien informado. Llegué incluso a tomar un lápiz, para ponerlos por escrito. Cuando tuve listo el documento, no pude menos que sonreír. He aquí el resultado: Sherlock Holmes.

Área de sus conocimientos:

1. Literatura: Cero.
2. Filosofía: Cero.
3. Astronomía: Cero.
4. Política: Pocos.
5. Botánica: Desiguales. Al corriente sobre la flor belladona, opio y venenos en general. Ignora todo lo referente al cultivo práctico.
6. Geología: Conocimientos prácticos, pero limitados. Distingue, de un golpe de vista, distintas tipologías de suelo. Después de sus paseos, me ha mostrado las salpicaduras que había en sus pantalones para indicarme, por su color y consistencia, en qué parte de Londres había estado.
7. Química: Exactos, pero no sistemáticos.
8. Anatomía: Profundos.
9. Literatura sensacionalista: Inmensos. Parece conocer, en detalle, todos los crímenes perpetrados en un siglo.
10. Toca el violín.
11. Experto boxeador y esgrimista de palo y espada.
12. Posee conocimientos prácticos de las leyes de Inglaterra.

Llevaba escrito todo esto en mi lista cuando la tiré, desesperado, al fuego, diciéndome a mí mismo: «Si coordinar todos estos conocimientos y descubrir una profesión, en la que se requieren todos ellos, resulta el único modo de dar con la finalidad que este hombre busca, puedo desde ahora renunciar a mi propósito».

Veo que he mencionado anteriormente su habilidad con el violín, talento muy notable, aunque tan excéntrico como todos los suyos. Sabía perfectamente que era capaz de ejecutar piezas de música, piezas difíciles, porque había tocado, a pedido mío, algunos de los *Lieder* de Mendelssohn y otras obras de mucha categoría. Sin embargo, era raro que, por pro-

pia iniciativa, ejecutase verdadera música o tratase de tocar alguna melodía conocida. Recostado durante una noche entera en un sillón, solía cerrar los ojos y pasaba, descuidadamente, el arco por las cuerdas del violín, que mantenía cruzado sobre sus rodillas. A veces las cuerdas vibraban sonoras y melancólicas; otras, fantásticas y agradables. Era evidente que reflejaban sus pensamientos de ese momento, aunque yo no era capaz de afirmar, de forma categórica, si la música lo ayudaba a pensar, o si los sonidos eran solo el resultado de un capricho o fantasía. Podría haberme rebelado contra aquellos solos irritantes si no hubiese terminado ejecutando —era algo normal— una rápida sucesión de mis piezas favoritas, a modo de compensación por haber puesto a prueba mi paciencia.

En el transcurso de casi una semana, no recibimos visitas y empecé a pensar que mi compañero andaba tan falto de amigos como yo. Pero luego descubrí que tenía un gran número de relaciones y que estas provenían de las más diversas clases sociales. Una de ellas era un hombrecito pálido, con cara de rata y ojos negros, que me fue presentado como el señor Lestrade, quien vino tres o cuatro veces en una misma semana. Cierta mañana, llegó de visita una joven elegantemente vestida y permaneció por espacio de media hora o más. Esa misma tarde, hizo acto de presencia un visitante andrajoso, de cabeza entrecana, con aspecto de mercader judío, que me pareció muy nervioso. Y su visita fue seguida muy de cerca por la de una mujer anciana en chanquetas. En otra ocasión, un caballero anciano, de pelo blanco, celebró una entrevista con mi compañero; y en otra, fue un joven maletero del ferrocarril con su uniforme de pana. Siempre que hacía su aparición alguno de estos personajes estrambóticos, Sherlock Holmes me pedía que lo dejase disponer de la sala de estar mientras yo me retiraba a mi dormitorio. En todas esas ocasiones, se disculpaba, por causarme aquella molestia, diciendo:

—Me es indispensable utilizar este cuarto como oficina de negocios, y estas personas son clientes míos.

Esa era otra nueva oportunidad que se me presentaba para hacerle una pregunta terminante; pero, una vez más, mi delicadeza me impedía forzar las intimidades de otra persona. En esos momentos, suponía que debía de tener alguna razón poderosa para evitar la cuestión; pero pronto él mismo disipó esa idea, trayendo a colación el tema por propia iniciativa.

Fue un cuatro de marzo, y tengo muy buenos motivos para recordarlo. Cuando me levanté, más temprano que de costumbre, comprobé que Sherlock Holmes aún no había terminado de desayunar. La dueña de casa estaba tan acostumbrada a que me levantara tarde, que ni había puesto mi cubierto ni había hecho café. Con la irracional soberbia intrínseca del género humano, toqué el timbre y le dije, en pocas palabras, que estaba preparado para desayunar. Luego eché mano a una revista que había en la mesa e intenté hacer tiempo leyéndola, mientras mi compañero masticaba en silencio su tostada. Uno de los artículos tenía el encabezado marcado con lápiz y, como es natural, empecé a leerlo.

Su título, algo ambicioso, era «El libro de la vida», e intentaba poner en evidencia lo mucho que un hombre observador podía aprender mediante un estudio exacto y sistemático de todo cuanto lo rodeaba. Me produjo la impresión de que era una mezcla de cosas agudas y absurdas. Los razonamientos eran apretados e intensos, pero las deducciones me parecieron traídas de los pelos. El escritor pretendía sondear los más íntimos pensamientos de un hombre aprovechando una expresión casual, la contracción de un músculo, la forma de mirar de un ojo. Aseguraba que, a un hombre entrenado en la observación y en el análisis, no se lo podía engañar. Llegaba a conclusiones tan categóricas como otras tantas proposiciones de Euclides. Esas conclusiones resultaban tan sorprendentes para el no iniciado que, mientras no llegase a conocer los procesos mediante los cuales había llegado a ellas, tenía que considerar al autor, un mago.

Decía el autor:

Quien se guía por la lógica, podría inferir de una gota de agua la posibilidad de la existencia de un océano Atlántico o las cataratas del Niágara sin necesidad de haberlos visto u oído hablar de ellos. Toda la vida es, asimismo, una cadena, cuya naturaleza conoceremos siempre que se nos muestre uno de sus eslabones. La ciencia de la deducción y el análisis, al igual que todas las artes, puede adquirirse, únicamente, por medio del estudio prolongado y paciente, y la vida no dura lo bastante para que algún mortal llegue al sumo conocimiento de esa ciencia. Antes de volcarse a ciertos aspectos morales y mentales de esta materia, que re-

presentan las mayores dificultades, el investigador debe empezar por controlar problemas más elementales. Empezar, siempre que conozca a otro mortal, por aprender a leer, de una sola ojeada, cuál es el oficio o profesión que ejerce. Aunque este ejercicio pueda parecer pueril, lo cierto es que agudiza las facultades de observación y enseña en qué cosas hay que fijarse y qué es lo que hay que buscar. La profesión de una persona puede ser revelada con claridad, ya sea por las uñas de sus manos, la manga de su chaqueta, su calzado, las rodilleras de sus pantalones, las callosidades de los dedos índice y pulgar, su expresión o los puños de su camisa. Resulta inconcebible que el conjunto de todas estas cosas no lleguen a mostrarle claramente el problema a un observador capaz.

—¡Qué increíble charlatanería! —exclamé, dejando la revista encima de la mesa con un golpe seco—. Nunca en mi vida he leído tantas ridiculeces.

—¿De qué se trata? —preguntó Sherlock Holmes.

—De este artículo —respondí, señalándolo con mi cucharita, mientras me sentaba a desayunar—. Me doy cuenta de que usted lo ha leído, ya que lo ha señalado con una marca. No niego que esté escrito con agudeza. Sin embargo, me exaspera. Se trata, evidentemente, de una teoría de alguien que se pasa un rato en su sillón y va desarrollando todas estas breves y floridas paradojas, aislado en su estudio. No es algo práctico. Me gustaría ver encerrado a este autor en un vagón de tercera clase del ferrocarril subterráneo y que le pidan que adivine las profesiones de cada uno de sus compañeros de viaje. Apostaría mil a uno en contra suya.

—Perdería usted su dinero —hizo notar Holmes con tranquilidad—. En cuanto al artículo, lo escribí yo mismo.

—¡Usted!

—Sí, soy aficionado tanto a la observación como a la deducción. Las teorías que ahí fundamento, y que a usted le parecen ilusorias, son, en realidad, extraordinariamente prácticas, tan prácticas que de ellas dependen el pan y el queso que como.

—¿Por qué? —pregunté involuntariamente.

—Pues, porque tengo una profesión propiamente mía. Imagino que soy el único en el mundo que la profesa. Soy un

detective consultor, si entiende lo que significa. En Londres, existen muchísimos detectives del Departamento de Policía y gran número de detectives privados. Siempre que estos señores no dan en el clavo, vienen a verme, y yo me las ingenio para proporcionarles una buena pista. Me describen todos los elementos que han logrado reunir y yo consigo, por lo general, encauzarlos gracias al conocimiento que poseo de la historia criminal. Si usted sabe al dedillo y en detalle un millar de casos, pocas veces no tendrá en claro los siguientes casos. Lestrade es un detective muy conocido. Recientemente, y en un caso de falsificación, lo vio todo confuso, y eso fue lo que lo trajo aquí.

—¿Y las otras visitas?

—A la mayoría de ellos los envían las agencias privadas de investigación. Se trata de personas que se encuentran en alguna dificultad y necesitan un pequeño consejo. Escucho lo que me cuentan, luego toman nota de mis comentarios y, a continuación, les cobro mis honorarios.

—De modo que, según eso, usted, sin salir de su habitación, es capaz de hacer luz donde otros son incapaces a pesar de que han visto todos los detalles por sí mismos.

—Así es. Poseo una especie de intuición en ese sentido. De cuando en cuando, se presenta un caso de mayor complejidad. Cuando eso ocurre, tengo que moverme para ver las cosas con mis propios ojos. La verdad es que poseo una cantidad de conocimientos especiales que aplico al problema en cuestión, lo que facilita de un modo asombroso las cosas. Las reglas para la deducción, que expongo en ese artículo que despertó sus burlas, me resultan de un valor inapreciable en mi labor práctica. Para mí, la facultad de observar, constituye una segunda naturaleza. Pareció sorprenderse cuando le dije, en nuestra primera entrevista, que había venido de Afganistán.

—Alguien se lo habrá dicho, sin duda alguna.

—¡De ninguna manera! Yo descubrí que había venido de Afganistán. Debido a mi viejo hábito, donde el curso de mis pensamientos fluye naturalmente en mi cerebro, es que llegué a esa conclusión sin tener siquiera conciencia de las etapas intermedias. Sin embargo, pasé por esas etapas. El curso de mi razonamiento fue el siguiente: «He aquí un caballero que responde al tipo de hombre de medicina, pero que tiene un aire marcial. Es, por consiguiente, un médico

militar. Acaba de llegar de países tropicales, porque su cara tiene un fuerte color oscuro, color que no es el natural de su cutis, porque sus muñecas son blancas. Ha pasado por sufrimientos y enfermedad, como lo manifiesta su cara demacrada. Ha sufrido una herida en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y de una manera que no es natural... ¿En qué país tropical ha podido un médico del ejército inglés pasar por tan duros sufrimientos y resultar herido en un brazo? Evidentemente, en Afganistán». Toda esa ligazón de pensamientos no me llevó más que un segundo. Y entonces hice la observación de que usted había venido de Afganistán, lo cual lo dejó asombrado.

—Tal como lo explica, resulta bastante sencillo —sonreí—. Me hace pensar en Edgar Allan Poe y en Dupin. Siempre me imaginé que esa clase de personas existía solo en las novelas.

Sherlock Holmes se puso de pie y encendió su pipa, haciéndome la siguiente observación:

—No me cabe duda de que cree elogiarme al compararme con Dupin. Pero en mi opinión, Dupin era un hombre que valía muy poco. Aquel truco suyo de romper el curso de los pensamientos de sus amigos con una observación que venía como anillo al dedo, después de un cuarto de hora de silencio, resulta, en verdad, muy soberbio y superficial. Sin duda, poseía algo de genio analítico, pero no era, en modo alguno, un fenómeno, como lo imaginaba Poe.

—¿Leyó las obras de Gaboriau? ¿Está Lecoq a la altura de lo que usted considera un detective?

Sherlock Holmes olfateó burlonamente, y dijo con irritación:

—Lecoq era un torpe descarado que solo tenía una virtud ponderable: su vitalidad. Ese libro me hizo enfermar. Trataba del problema de cómo identificar a un preso desconocido. Yo habría sido capaz de saberlo en veinticuatro horas; a Lecoq, le llevó seis meses. Podría servir como texto para enseñarles a los detectives qué es lo que no deben hacer.

Me indigné bastante al ver con qué desprecio hablaba de dos personajes que yo había admirado. Me fui hasta la ventana y me quedé contemplando el movimiento de la calle. Y pensé para mis adentros: «Quizá este hombre sea muy inteligente, pero es demasiado engraido».

—Hoy, no hay crímenes ni criminales —dijo en tono de queja—. ¿De qué sirve en nuestra profesión tener talento? Sé bien que lo poseo como para ser famoso. No existe ni ha existido jamás un hombre que le haya aportado a la ciencia del crimen los conocimientos y el talento innato que poseo. ¿Con qué resultado? No hay un crimen para esclarecer o, en el mejor de los casos, solo hay delitos triviales —con móviles tan obvios— que hasta un funcionario de Scotland Yard es capaz de descubrirlos.

Yo seguía molesto por aquella manera presuntuosa de expresarse. Pensé que lo mejor era cambiar de tema, y le pregunté, señalando con el dedo a un individuo fornido, mal vestido, que caminaba despacio por la otra vereda de la calle, que miraba con gran curiosidad los números, llevaba en la mano un ancho sobre azul y era, evidentemente, portador de algún mensaje:

—¿Qué estará buscando ese individuo?

—Se refiere a ese sargento retirado de la Marina? —preguntó Sherlock Holmes.

«¡Puro disparate y charlatanería!», pensé. «Sabe bien que no tengo manera de comprobar si su hipótesis es cierta».

Cuando cruzó esa idea por mi mente, el hombre que estábamos observando descubrió el número de la puerta de nuestra casa y cruzó rápido la vereda. Oímos un fuerte golpe y una voz muy fuerte debajo de nosotros, y fuertes pasos de alguien que subía por la escalera.

—Para el señor Sherlock Holmes —dijo, entrando en la habitación y entregando la carta a mi amigo.

Era la oportunidad de curarlo de su engreimiento. Lejos estaba él de pensar que eso ocurriría cuando lancé, de buenas a primeras, aquella pregunta:—¿Me permite, buen hombre, que le pregunte cuál es su profesión? —le pregunté con mi voz más dulce.

—Ordenanza, señor —me contestó, gruñón—. A mi uniforme lo están arreglando.

—¿Y qué hacía antes? —le pregunté, al tiempo que le dirigía una mirada levemente maliciosa a mi compañero.

—Sargento de infantería liviana de la Marina Real, señor. ¿No hay respuesta a la carta? Perfecto, señor.

Hizo chocar los talones uno con otro, marcó el saludo militar con la mano y desapareció.